

LA AVUTARDA DE MAR

Chloëphaga hybrida hybrida (MOLINA)

Por PEDRO S. CASAL

NOMBRES VULGARES.—“Caranca” en Chile; nosotros en la costa la llamamos “Avutarda de Mar”; “Avutarda de las Rocas” (1.; los ingleses expedicionarios que la han visto en nuestras costas la llaman “Ganso de Magallanes” (Magellan Goose), “Ganso antártico” (Antaretic Goose) y, más comúnmente, “Ganso de las algas” (Kelp Goose).

Muy raras veces vemos citada esta palmípeda, la más hermosa y de costumbres más originales de nuestras anátidas australes.

La llamamos “avutarda”, que es el nombre vulgar que se da en toda la costa a estas *Chloëphagas*, aunque comprendemos que no corresponde tal nombre a lo que en español se llama avutarda, que es un zancudo que no tiene nada que ver con los anátidos.

Las otras *Chloëphaga*: (*Ch. dispar*, *Ch. picta*, *Ch. rubidiceps*, *Ch. poliocephala*, etc.) son todas terrestres y se reúnen en grandes cantidades en los campos de toda la Patagonia y Tierra del Fuego; también se las llama avutardas y caiquenes. En ningún caso llamamos gansos ni a estas avutardas ni a las de mar.

La denominación inglesa de ganso de las algas o del “cachiyuyo” (Kelp goose) es bastante apropiada para la avutarda de mar, pues esta ave no se aleja de la costa y anda siempre entre las algas o muy cerca de ellas, porque constituyen una parte de su alimento. La palabra “cachiyuyo” es el nombre vulgar con que designamos al fucus gigante (*Macrocystis pirifera*) que es tan abundante en toda la costa austral.

La avutarda de mar no es nada abundante, es sumamente arisca y, si a ello añadimos que vive confinada en las islas y costas acantiladas australes, hallamos la razón de que sea tan poco conocida fuera de los especialistas que la conocen a través de las expediciones a las regiones antárticas.

Lo que más caracteriza a esta especie es la gran diferencia de color entre los sexos: el macho es completamente blanco, el pico es negro con una pequeña mancha amarilla en la base y los tarsos y pies amarillo verdosos. La hembra es marrón muy oscuro con bandas blancas a los costados y pecho

(1) Casares (Jorge) — EL HORNERO, Vol. V, pág. 302 — adopta este nombre de “avutarda de ‘las rocas’” que es más apropiado porque, en realidad, vive más en las rocas que en el mar; sin embargo, entre la gente de mar y de la costa, siempre la hemos llamado y oído llamar avutarda de mar.

y manchas también blancas debajo de la cola y parte baja y trasera del cuerpo. Las partes blancas se conocen poco cuando el animal está quieto, y casi no se notan cuando está echada; pero si vuela, el plumaje parece oífero negro. Los vuelos son en general cortos y bajos, pero lo hacen fácilmente y hasta con cierta elegancia.

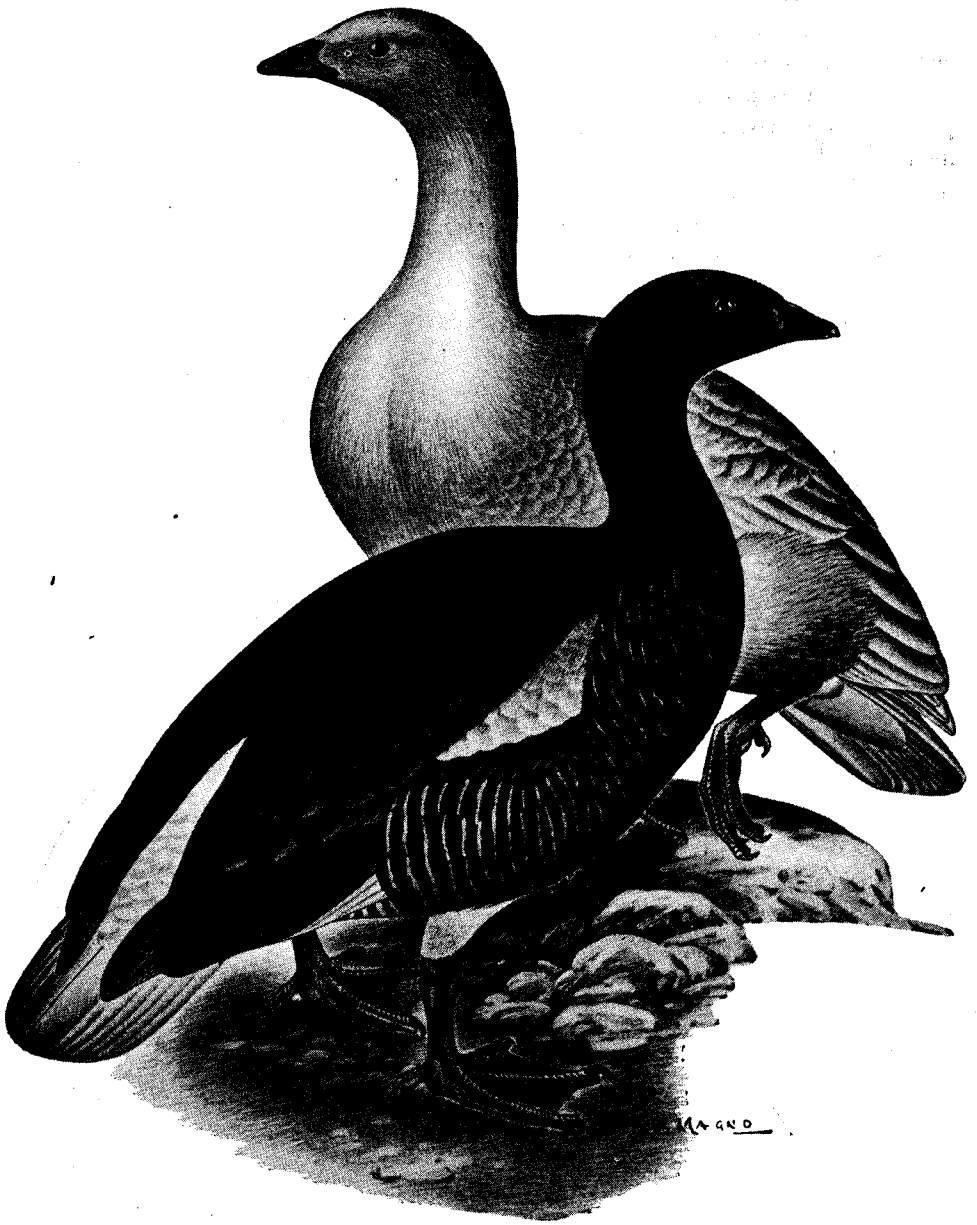
En el aspecto exterior son semejantes a las *Chloëphagas* terrestres, pero sus hábitos son muy distintos, lo mismo que su alimentación. A estas últimas les agrada pastar en el campo y de ahí su nombre ("Chloe", en griego = pasto tierno; literalmente verde tierno); no se acercan nunca a la costa ni a lugares de agua salada, en cambio, la avutarda de mar no prueba el pasto, siendo su alimento completamente marino que extrae de la angosta faja de costa que las mareas cubren o dejan en seco alternativamente cada seis horas. Se compone de mariscos y algunas algas, no correspondiéndole por consiguiente, el nombre de *chloëphaga*.

La avutarda de mar prefiere las costas rocosas y un poco batidas por el mar; nunca va tierra adentro y muy contadas veces se echa al agua, manteniéndose dentro de la faja costanera sometida al influjo de las mareas que, como decimos, es donde obtienen su alimento. En los lugares de nuestra costa en que la amplitud de marea es muy grande, como en Santa Cruz y Gallegos y la costa no es rocosa, no aparece esta avutarda; sin embargo, a la misma latitud es relativamente común del lado chileno del Pacífico a causa de la configuración de la costa. Es de complexión robusta pero elegante; camina pausadamente, con prestancia señorial y con cierta suficiencia, como quien se pasea por sus dominios; les agrada pararse sobre los pequeños promontorios rocosos y observar el paisaje agachándose de cuando en cuando para tomar una pequeña porción de alimento como quien come más por distracción que por necesidad. Andan siempre en parejas, muy cerca uno del otro, y parece que la vida matrimonial es armoniosa y feliz. Es raro tener más de una pareja a la vista, les agrada la soledad de las costas salvajes y son muy buenos padres de familia. Sólo se echan al agua cuando los pichones son grandecitos y pueden alimentarse solos; entonces se ve a toda la familia nadando muy cerca de la costa y como buscando su alimento entre las algas. Parece que los pichones se mueven mejor en el agua que en las costas donde las irregularidades de las rocas son un inconveniente para sus tarsos muy cortitos.

Estas avutardas no se reúnen en bandadas, siendo el conjunto familiar (los padres y tres o cuatro pichones) los únicos grupos que se ven y aún éstos no duran mucho, pues cuando los pichones son grandes se separan y buscan sus parejas por su lado.

No les agrada la compañía de otros animales sean aves o no. La faja costanera que habitan es la preferida por casi todas las aves marinas y por las focas, que en ella buscan su descanso; sin embargo estas avutardas siempre encuentran algún lugar en el que están lejos del bullicio y la compañía en general numerosa de las gaviotas, petreles, cormoranes, etc.

Las observaciones que anotamos las hemos hecho en la Isla de los Estados y en el pequeño archipiélago de las islas de Año Nuevo que está a sólo unos 10 kilómetros de aquella isla. También hemos observado estas avutardas entre



Avutarda de Mar - *Chloëphaga hybrida hybrida* (Molina).

En primer término: Hembra. Detrás: Macho.

la Tierra del Fuego y el Cabo de Hornos, pero solamente de pasada o durante cortos desembarcos de uno a tres días que hacíamos con fines de estudio.

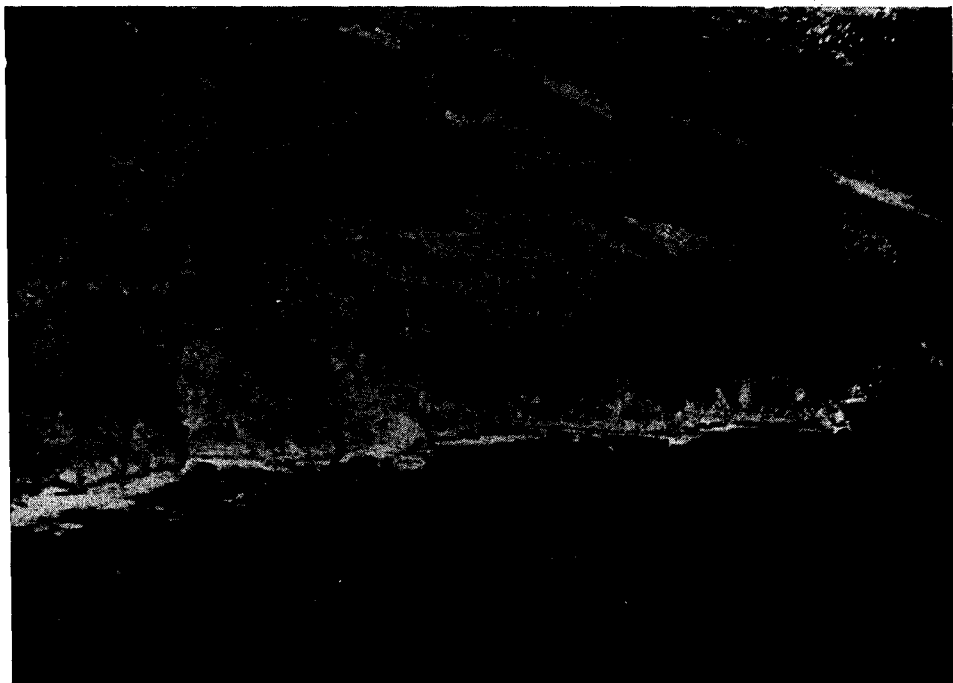
Mientras los pichones están con los padres, la familia es muy unida y cuando se sienten en presencia de algún peligro, la táctica común de los pichones es la de dispersarse en rumbos divergentes y agazaparse entre las algas, pues su color casi blanco los traiciona mucho. Los padres también se separan de ellos y con frecuencia se echan al agua pero manteniéndose en las inmediaciones con aparente indiferencia como si no existieran tales hijos. Es indudable que esta dispersión momentánea de la familia es una medida inteligente, pues cualquiera de los enemigos volátiles tiene más poder en el pico que estas avutardas, fuera de que dichos enemigos atacan varios o muchos a la vez y mientras los padres se defienden de unos, los otros se robarían los pichones. Con todo, es posible que la escasez de esta avutarda se deba en buena parte a que ha elegido un habitat muy frecuentado por enemigos bien armados. El más temible de éstos es la "Skúa" que vulgarmente llamamos "gaviota parda" o "gaviotón" (*Catharacta skua chilensis*), verdaderos bandidos, fuertes, peleadores e insaciables que se alimentan de los huevos y pichones ajenos. Son tan peleadores estos gaviotones, que cuando son pichones, que en general sólo hay dos en cada nido, se pelean a matarse entre ellos y el que pierde tiene que huir del nido ante los continuos picotazos del hermano; cuando vuelven los padres, que por su parte no tienen un gran sentido de la paternidad, se comen al que está fuera del nido considerándolo como extraño.

La época de cría de esta avutarda comienza en la primavera y coincide con la de la muda de los padres cuyo período más agudo es por noviembre y diciembre, en cuyos meses no pueden volar o lo hacen con gran dificultad. Las hemos visto en todas las épocas del año lo que indica que no tienen hábitos migratorios; tampoco les agrada alejarse mucho de la zona de costa que eligen, a menos que sean perturbados por otras aves o por el hombre.

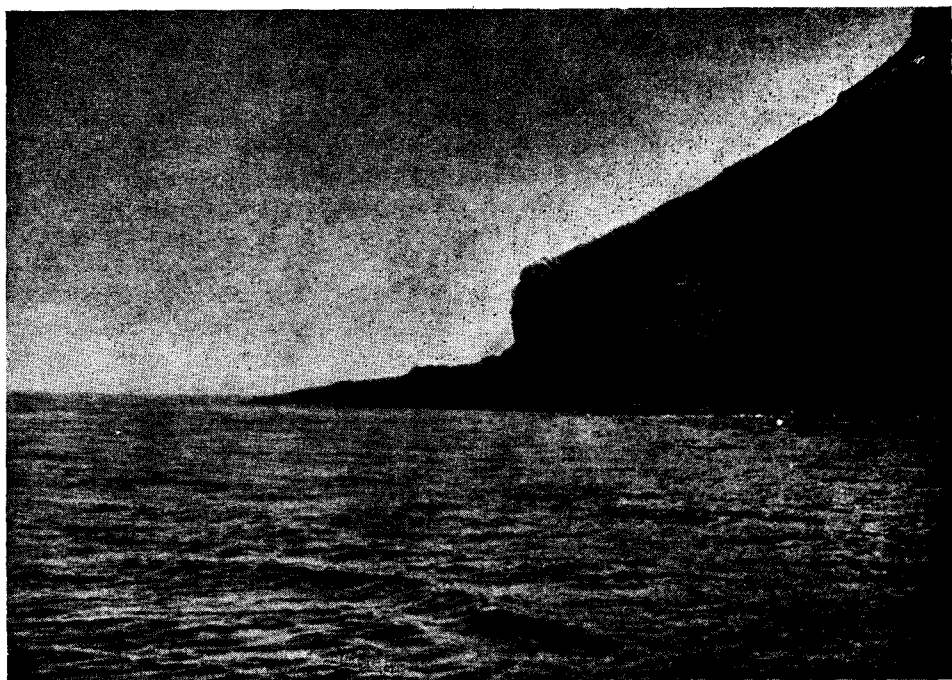
La faja de costa sometida a la acción de las mareas en los acantilados rocosos australes, es mucho más oscura que el resto a causa de las oxidaciones y porque la humedad no desaparece en el corto intervalo de las bajamareas, y como es en ese espacio donde viven estas avutardas, esa humedad se ha hecho indispensable a ellas que si bien van muy pocas veces al mar y cerca siempre de la costa, tampoco les agrada los lugares secos. Sus pies necesitan esa humedad lo mismo que el tapiz de algas más o menos finas, mezcladas de innumerables organismos en general pequeños que cubren la superficie de las rocas.

La coloración de la citada faja de costa es pardo oscuro; es decir, la misma que la de la hembra, de modo que aunque al macho se lo distinga desde gran distancia como una pequeña mancha blanca, la hembra sólo se vé cuando nos acercamos bastante. Si está echada es muy difícil verla porque entonces elige los lugares más aparentes para acentuar ese mimetismo con el medio y pasar inadvertida mientras empolla. En esas circunstancias el macho se mantiene a prudente distancia como para no delatar a la compañera, y es la única ocasión en que no abandona el lugar aunque lleguen otras aves.

El nido ocupa una depresión cualquiera del terreno, con preferencia fuera de la vista, es de construcción sencilla, con algunos elementos vegetales como algas secas o ramas de otra clase que la hembra complementa con unas pocas



Costa austral de la Tierra del Fuego.

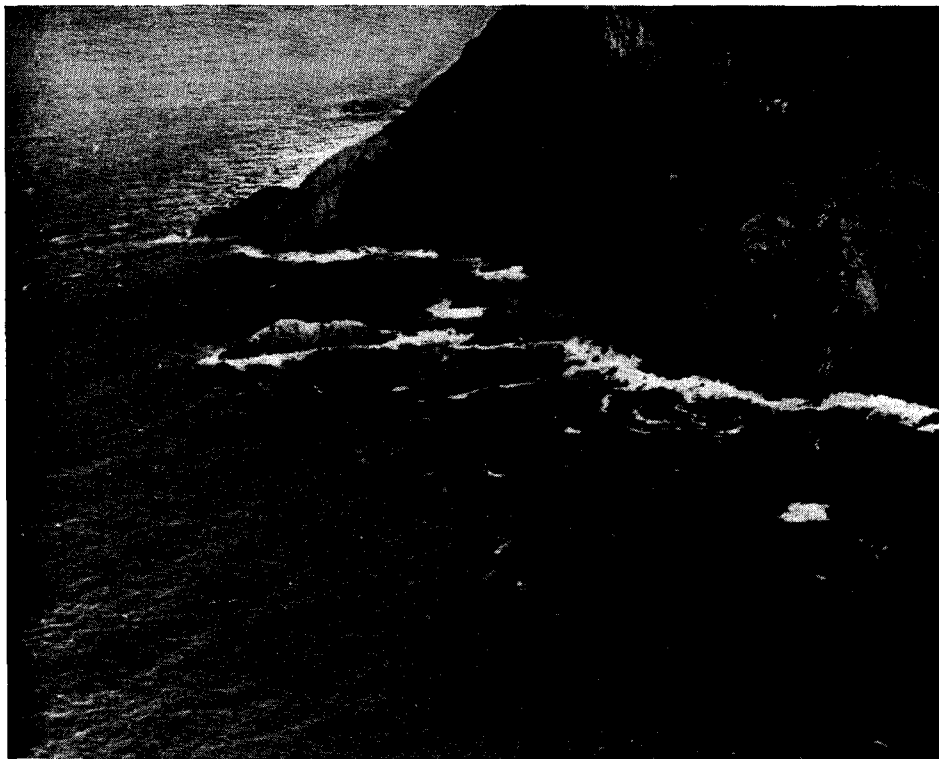


Isla de los Estados.

plumas y el pulmón necesario para el confort de la cría; los huevos son blanco crema y no son muy ponedoras, al menos si juzgamos por las nidadas que son de cuatro o cinco huevos o menos, lo que concuerda también con el número de pichones de cada familia. Hemos visto parejas con sólo dos pichones; pero esto es debido casi siempre a la acción de las Skúas que están continuamente alerta y lo mismo matan un pichón que se aleja un poco de los padres, como se roban un huevo en cualquier momento en que la hembra se levanta del nido si éste no está bien escondido. Son tan hábiles ladrones estas Skúas, que se lanzan algo oblicuamente sobre los nidos y sin siquiera detener el vuelo se levantan con un huevo en el pico, que aunque a veces se le cae, el mal ya es irreparable.

En la isla de Año Nuevo (más o menos 9 kilómetros de perímetro) donde permanecimos durante dos años en un observatorio, nos visitaban en verano dos parejas de caiquenes, (*Ch. picta*), las cuales se mantenían próximamente en el centro de la isla donde anidaban, sin acercarse para nada a la costa. Como huéspedes permanentes contábamos con una pareja de avutardas de mar. El primer verano no pudimos conseguir sino dos pichones de caiquenes tan averiados que no tardaron en morir, lo que nos llevó a proceder en otra forma al año siguiente. Teníamos unas pocas gallinas que habíamos conseguido en Ushuaía y decidimos hacer empollar con ellas los huevos de los caiquenes a los que agregamos 4 de avutardas de mar que logramos después de largas y penosas pesquisas en la costa. El resultado fué que entre dos gallinas sacaron 15 pichones, 12 caiquenes y tres de mar. Como las gallinas vivían precariamente en la isla a causa del medio y las condiciones del clima, nuestro plan era convertir a las avutardas en aves domésticas para tener huevos y carne frescos y variar un poco la no muy provista mesa del Observatorio. La carne del caiquén es bastante buena, sobre todo, asada, y aunque la de avutarda de mar es incomible a causa de su alimentación de mariscos y algas, nosotros pensábamos que variando la dieta se modificaría el sabor, y, además, tendríamos en nuestro gallinero el singular adorno de estas lindísimas aves que solamente veíamos desde lejos porque son muy desconfiadas y huyen ante cualquier movimiento o cosa que les es extraña.

Los pichones conseguidos se desarrollaban muy bien, pero después de la primer semana empezamos a notar que los de avutarda de mar, aunque contentos, no aumentaban el volumen, en tanto que los otros 12 prosperaban con visible rapidez. A los dos meses, los pollos de caiquenes eran hermosísimos, mientras los de mar apenas habían aumentado el volumen del cuerpo, no así los pies y la cabeza que crecían en forma casi normal de manera que estos pobres pollos eran caricaturas ridículas de su especie, con cuerpos en extremo raquíuticos y pies y cabezas proporcionalmente enormes. Pesaban muy poco y a medida que pasaban los días se volvieron taciturnos y tristes. La dieta era la misma para todos: un poco de leche condensada diluida en agua los primeros días, harina de maíz y sobras de comida; después, maíz y lo que ellos podían buscarse de las plantas de la isla, que, como es una turbera, en ella abundan ciertos musgos del género *Sphágnum*, y algunas matas de otros vegetales y musgos. Eran muy mansos; el marinero encargado de su cuidado había puesto nombres a algunos y, llamándolos venían a comer a la mano. El líder



Cabo de Hornos.

o cabecilla era un hermoso pollo que respondía al nombre de “pobrecito” y, al oír este nombre, toda la bandada acudía a buscar su comida.

Esto ocurría con los caiques, pues los otros tres fueron languideciendo y murieron como a los tres meses. Comprendíamos que la causa de este fracaso era la ausencia del medio marino y la falta de alimento apropiado, por cuya razón, en varias ocasiones, hicimos traer algunas algas y mariscos de la costa, que, bien picados les eran administrados a estos tres retardados. No pudimos, sin embargo vencer al raquitismo que ya estaba muy avanzado y porque los mismos interesados desconocían este alimento de segunda mano, cuando, en la vida libre, sus antepasados lo toman directamente de la costa o del mar, que es muy distinto.

El pesar de la muerte de los tres pollos de mar quedó ampliamente compensado con aquellos doce hermosos ejemplares de caiques que nos anticipaban una envidiable mejora de nuestra mesa.

A la llegada del Otoño, que toda la isla se cubre de nieve, los caiques se vieron privados de su pasto y tuvieron que contentarse con lo que nosotros les dábamos. Parece que esto los contrariaba mucho, aunque no dejaban traslucir ningún desagrado, pero un día, el “Pobrecito” ensayó un vuelo y toda la bandada lo siguió. Felizmente, y extrañados ellos mismos de este nuevo

sistema de locomoción que los alejaba de la tierra, no se aventuraron demasiado y, apenas oyeron el nombre del jefe, la bandada describió un círculo sobre nuestras casas y aterrizó con gran alborozo en el lugar en que recibían su comida. Esto nos decidió a cortarles las alas, pero, no sabemos por qué, las opiniones se dividieron; el marinero que los cuidaba respondía con su cabeza de la fidelidad del "Pobrecito" y de toda la banda; un foguista veneciano que hacía de cocinero, juraba que eran más mansos que las palomas de San Marcos que nunca se iban, y, como, en realidad, habían obedecido inmediatamente al primer llamado, los que estábamos por la afirmativa, que éramos dos, cedimos, más que nada, en vista del entusiasmo de los marineros, pero con la condición de que si en otra vez la obediencia no era inmediata, cortaríamos las alas.

A los dos días se produjo el segundo vuelo. Al nombre mágico de "Pobrecito", éste volvió con toda la bandada, hicieron un simulacro de aterrizaje, que no cumplieron, dieron una gran vuelta sobre las casas y tomaron rumbo al Noroeste con desesperante decisión y a pesar de nuestros llamados. Nunca más aparecieron.

Después de esta triste experiencia, comprendimos las razones de estas aves para sus migraciones; su rumbo las llevaba a regiones más templadas de nuestra pampa en que la nieve no les impide pastar. La seguridad con que hicieron rumbo nos indica la posesión de un sentido que no conocemos o la presencia de una intuición atávica que las lleva a cruzar el mar, medio desconocido para ellas, pero detrás del cual tienen la seguridad de hallar el pasto que necesitan.

El rumbo que hicieron coincide con la dirección del campo magnético terrestre en aquel lugar. Al medir el movimiento de las delicadas barras de los magnetómetros de la cava de nuestro observatorio, nos parecía asistir a las palpitaciones del corazón mismo de la Tierra, cuya fuerza misteriosa y de naturaleza desconocida hasta hoy, ha orientado a los marinos de todos los tiempos y sigue orientándolos, lo mismo que a los aviadores, a pesar de los compases giroscópicos. No es un desatino pensar que esa fuerza, a la que llamamos magnetismo terrestre, sea la que orienta a las aves migratorias cuya sensibilidad orgánica es tan sutil. Nuestro organismo, mucho más grosero, se resiente y en ciertas casas y lugares nos produce insomnio si nuestras camas están orientadas en determinados ángulos con respecto al campo magnético terrestre y al de otras fuerzas telúricas que no conocemos. La seguridad con que hicieron rumbo y lo siguieron en línea recta hasta perderse de vista nos llevó a hacer algunas manifestaciones sobre los misterios de la Naturaleza, mientras el foguista de San Marcos, con las manos juntas y hacia la bandada que ya era un pequeño punto en el cielo, mascullaba una mezcla de imprecaciones y plegarias y mi excelente compañero Joaquín A. (desgraciadamente fallecido) maldecía del campo magnético terrestre, de las fuerzas telúricas y de las alas que no cortamos.

Sólo las dos avutardas de mar, macho y hembra, permanecieron en la costa de la isla todo el invierno; su alimento está siempre a mano. Al acercarse la primavera volvieron a la isla las dos parejas de caiques de siempre, pero ninguna otra.